

HOMENAJE A HORACIO ZUÑIGA.

Orador: Lic. José Muñoz Cota Ibáñez.

Cuando mi querido discípulo Virgilio Morlán, me pidió que viniera a acompañarlo en este acto que es una fiesta del espíritu y de la poesía, tuve una pequeña duda: cómo hablar acerca del maestro que definió nuestra existencia, en qué tono dirigirme a ustedes, para glosar, aunque fuera al desgaire, la vida de aquel hombre que fue un ejemplo de austeridad, de limpieza moral, de talento, de espíritu poético abierto a los cuatro puntos cardinales, cuya cultura asombrosa fue sembrando en cada uno de nosotros, modestos discípulos una semilla que ¡ay! yo confieso, no ha podido fructificar a la medida, al tamaño y a la estatura del sembrador. Dice la Historia del Arte y de la Literatura que en el viejo Egipto en los sepulcros, se acostumbraba colocar en bajo relieve la vida del hombre que estaba ya sepultado; pero no sólo eso, sino que ahí se colocaba una serie de poemas dedicados a los muertos, como si se quisiera, en una sublime ingenuidad, recomendar el espíritu del difunto a los dioses tutelares. Pero nosotros no podemos -dentro de la brevedad de este acto- hacer la historia o la biografía de Horacio Zúñiga. La biografía de Horacio Zúñiga cabe toda ella en una sola palabra: Horacio Zúñiga nació, vivió, murió, como un relámpago luminoso. Y esto fue su vida, un relámpago que estremeció el paisaje. Nació de la nube tormentosa de nuestro México, bajo el espacio del aire tranquilo y poético de Toluca. Se forjó dentro de una disciplina que era más que disciplina una austeridad. Y así, austero, joven fuera de su época, a un lado el bullicio de su propia juventud, detenidas las riendas del potro de que nos hablara Rubén Darío, él se consagró a los libros. Cuenta su propia autobiografía condensada en su novela el Hombre Absurdo, cómo en la azotea de su casa veía llegar el alba luminosa y ya estaba sumido en la investigación

de los grandes filósofos, de los grandes economistas, de los grandes pensadores, ya estaba temblando con el temblor auroral que tiene cada poeta. Después sus estudios en el Instituto de Toluca por donde había pasado la voz milagrosa de Ignacio Ramírez; por donde había pasado la voz radiante de Altamirano; por donde estaba gestándose muchas voces poetas como las de Carniado, y después, como la de Josué Mirlo. Y ahí, Horacio Zúñiga, comienza a distinguirse, ni siquiera la familia entiende el brillo de su genio. Ya es un poeta precoz. Y muy niño todavía, ya pone en sus labios el temblor de las cítaras y ya pone en sus palabras el gemir de los violines o el ronco piafar de los clarines o el ronco sollozar de los tambores.

Pasa su vida. Llega a la Capital de la República, va a estudiar Derecho, pero siente, en contraste con la pureza de su espíritu y la limpidez de su alma, siente que el mundo que lo rodea, que los compañeros no responden al concepto ideal que de la vida se había formado. Y de esta manera él que fundamentalmente es poeta, renuncia a su carrera; se dedica exclusivamente a las dos actividades que van a formar su existencia; la poesía, como escape y huida de ese viajar constante de su inquietud creadora, y el magisterio que tiene entrañablemente otra forma de poesía porque cada maestro, en realidad, es un poeta.

Si bien el poeta mueve las palabras y con ellas forma la imaginación, la música, la luz, la imagen, la claridad, el maestro toma al niño y lo va modelando como quien modela un soneto, va despertando en el niño el amor al paisaje, el amor al espíritu, el amor a la bondad y el amor a la belleza. Y a eso se consagra Horacio Zúñiga. Poeta y Maestro. Poeta ya lo vais a leer en estos magníficos libros que debido al Gobierno del Estado de México, han sido editados después de su muerte; poeta responde a las exigencias del estilo de su época. Es verdad que la poesía de Horacio Zúñiga ya no podría convertirse en el metro, en la medida, en el modelo de la nueva poesía americana. Esto es verdad, pero las circunstancias en que Horacio Zúñiga se perfila y se señala y se ilumina, son circunstancias muy especiales: En Argentina está Leopoldo

Lugones jugando con la elegancia, el ritmo y la música de los poetas universales, en Perú está Chocano, haciendo vibrar las montañas y los astros con el brioso gemir de sus cuartetos o el brioso golpeteo de sus versos. Con estos dos modelos, Lugones y Chocano, la sensibilidad de su época, es la que encarna en Horacio Zúñiga.

Claro, en el alma de Horacio Zúñiga está también, ¿cómo no iba a estallo? La férrea voluntad hecha canción de Díaz Mirón, el más grande de los poetas de su tiempo. Así, no es de extrañar, entonces que su poesía sea épica, montañosa; que sea un jugueteo de astros, de lunas y de estrellas en pelea constante; no es de extrañar que brille el relámpago y estremezca hasta el último rincón del paisaje. No es de extrañar que los mundos se desbaraten y los astros se hagan astillas en los versos de Horacio Zúñiga, porque es la tónica de su momento histórico. Por lo demás, la poesía no es sólo la montaña -y él fue montaña y cúspide y altura y relámpago y rayo- sino la poesía es también llanura, valle, claro, río, árbol que estaba meciendo sus ramas y sus ojos como quien toca una maravillosa orquesta al aire. Por esto sería infantil y sería criminal juzgar la poesía de Horacio Zúñiga de acuerdo con los cánones de hoy. Grande es el poeta en la montaña y grande es el poeta en la llanura. Grande es la poesía épica que rompe con la gutural modulación del bajo -que dice López Velarde- el silencio, y grande es la poesía que canta la íntima partitura del decoro, para seguir usando el vocabulario de López Velarde.

No lo juzguemos con el metro y la medida de hoy, juzguémoslo en su momento y pensemos que nunca el verbo ni en España, ni en México ni en la América del Sur -por encima de Lugones, por encima de Chocano- nunca el verbo fue una cascada de astros ni un romper de cielos como en los versos candentes de Horacio Zúñiga. (Aplausos).

Pero Horacio Zúñiga, lo he dicho, no era sólo un poeta, era esencialmente un maestro que reunió las tres características que Dante Alighieri puso en la Divina

Comedia: En el momento en que Dante llega, en su paso por el infierno, el Purgatorio y la Gloria, en ese poema catedralicio que es la Divina Comedia; en el momento en que mira a Virgilio que viene a su encuentro le dice: ¡Oh Maestro! ¡Oh Amigo! ¡Oh Guía! y con estas tres palabras Maestro, Amigo, Guía, Dante nos definió la esencia de cada maestro. He dicho Maestro, no he dicho profesor, todos podemos ser profesores, unos cuantos en el mundo se llaman Maestros. Profesor es el que imparte conocimientos, el que instruye, el que da la ciencia, el arte, etc. Maestro es el que toma las almas de los niños, de los adolescentes o de los jóvenes y las modela y las pone en el viento como palomas mensajeras de bondad, de amor y de belleza. Horacio Zúñiga no era sólo un caudal de conocimientos, sino tenía el alma de un escultor, a la altura de Fidias o de Praxiteles. Él modelaba a los jóvenes. Él trató de modelarnos y si no hemos llegado, ¡oh, dolor!, a la altura magistral de esa montaña que fue su genio, es porque no pudimos, porque nos quedamos a la mitad del camino, o porque las sirenas nos cantaron, o porque las brujas de Macbeth nos envenenaron. Pero de la cátedra de Horacio Zúñiga, sólo salieron palabras de verdad, y sólo salieron luces de entendimiento y de honda filosofía. Cuando hablaba en su clase, y he aquí su tercer aspecto, Horacio Zúñiga se elevaba a la categoría de un auténtico verbo motor. Se dice, por los retóricos, que hay tres clases de oradores: el verbo visual que mira las imágenes, el verbo auditivo que escucha las palabras, y el verbo motor que tiene el don sublime de improvisar, puesto que está pensando con la misma rapidez con que habla, y habla con la misma rapidez con que piensa.

Pues bien, jamás he oído, y tuve oportunidad de escuchar, durante mis años en la diplomacia, a los más grandes oradores de América, jamás he oído, lo digo con toda honradez, un verbo motor más completo, más cabal, más entero, más lleno de horizonte que Horacio Zúñiga.

No quería hablar, sin embargo; se rehusaba para presentarse en público y se rehusaba para decir discursos a las multitudes. Luego, la vida lo separó de nosotros,

sus discípulos que tanto lo amamos y vino de nuevo a su Toluca que tanto añoraba. Lo demás no lo vimos. No lo trató bien su tierra natal y no lo trató bien su Instituto, de donde fue echado como un burócrata cualquiera insultado y befado; por eso qué bien que ahora le rindan homenaje en su propia tierra; qué bien hayan levantado una estatua frente al Instituto como un reproche, como un pago, como una reivindicación justa y merecida, qué bien; porque Horacio Zúñiga, como el relámpago, fue devorado por la sombra, calumniado, vilipendiado, escarnecido, crucificado. Ya él presentía su propio destino. Ya él sabía que el charco trata de enturbiar la imagen de la estrella, y sin embargo él cumplió el destino de los auténticos poetas y de los auténticos maestros, porque por encima del olvido, por encima de la ingratitud -y yo fui también uno de esos ingratos que se alejó de él, que no fue a sus plantas como iba Pablo el de Tarso a los pies de Gamaliel- yo debí haber estado en el último momento de su vida y confieso con dolor que no estuve; sin embargo, valga mi arrepentimiento, mi dolor y mi angustia y pienso que este acto, querido Virgilio Morán, es justo, es bueno y es definitivo.

El maestro Horacio Zúñiga, si es verdad, como él creía, porque siempre fue un espíritu religioso, un espíritu profundamente cristiano, si es verdad que el alma no desaparece, que como decía Urueta, el polvo que piensa no vuelve espacio, en el infinito, en la eternidad, como un soneto radiante, como uno de esos poemas llenos de fuego, de luz, de mar bravío; él debe estar en el infinito tratando, todavía desde allá de iluminar a los hombres pequeños que no le entendimos. (Aplausos).

Cuautitlán, México, septiembre 1979.